

DON FÉLIX

Hoy no hallé flores;
 en la ventana había
 sólo cenizas, ¿qué hálito ha pasado
 que mis rosas de siempre se ha llevado?
 Misterio era; pero era
 aquel ramo, en la lumbre mañanera,
 casi real, como una voz; sentía
 que mi alma en cada flor se descogía;
 me embalsamaban la jornada entera
 y hoy, no hallarlas, me dió melancolía.
 Tú me conoces, Dragonel; soy hombre
 de dar cuerpo á la luz, sustancia á un nombre;
 no me quitan la calma
 sueños, fantasmas, sombras ni vapores;
 ¿pues por qué, en el misterio de estas flores
 hoy que me faltan, se turbó mi alma?

DRAGONEL

¡Yo que os diré!... Porque la vida humana
 tal vez no es vida humana todavía
 para aquel que no encuentra, cada día,
 las flores del misterio en su ventana.

DON FÉLIX

¡Eso no, Dragonel! Antes diría
 que esta vida del mundo es cosa vana

para aquel que no trueca, en obra humana,
 las flores del misterio, cada día.

DRAGONEL

¿No es lo mismo?

DON FÉLIX

¡Está más en nuestra mano!

Con sobresalto mirando al jardín y
 puesto en pie.

DRAGONEL

¿Pasos por el jardín?

DON FÉLIX

Será el romano.

DRAGONEL queda observando desde
 el pórtico; un corto silencio, Don Fé-
 LIX, añade:

La obscuridad me da melancolía...
 ¿qué me importan mis flores,
 ni quien las ponga, ni quien las abraze?

¡La vida importa y recoger del día
los placeres que da, no los dolores!
Tráete luz, Dragonel, y que esto pase.

Habrà obscurecido por completo. La escena está en sombras. DRAGONEL, obediendo á su dueño, saldrá por la lateral derecha. En este instante un resplandor como de luna cae sobre el jardín. Don FÉLIX, sugestionado por el blanco resplandor, no apartará sus ojos del pórtico de mármol. El resplandor precede, envuelve y sigue á la figura de VERBENA, que aparece en él. Viste como en el acto anterior. Don FÉLIX se pone en pie maravillado. Ella vuelve su cabeza de uno á otro lado. El resplandor que la sigue da á toda la escena un contorno de lumbre misteriosa; así puede ver y reconocer á Don FÉLIX; una sensación de alegría inefable en toda ella.

VERBENA

Señor...

Dando unos pasos.

¿Seréis, señor?...

Reconociéndole.

¡Sí! ¡Ya he llegado!

¡Por fin!... El día entero habré pasado
sin sentirlo. Corría, me perdía...

¡qué jardín! ¡cuánta rosa! Parecía
que por envidia, el día,
del cielo de las noches estrellado,
en vez de estrellas, rosas encendía.
Tanta luz me ha cegado;
me perdí, fué la noche y sosegado
de estar en sombra, el corazón latía,
cuando un rayo de luna parecía
que me iba acompañando de la mano;
por la alameda me sacó á la vía;
y vi el agua, la umbria;
allí el césped de seda en todo el llano;
aquí la gradería
de mármol italiano
y aquí el palacio, que no conocía,
y á vos en él, don Félix de Agrellano.

DON FÉLIX

Con maravilla que le traspone y le
exalta:

¿Pues tú quién eres? dime.

VERBENA

Soy Verbena;

Mari Verbena, si queréis.

DON FÉLIX

¡María!

VERBENA

Sí; una noche, mi madre que es tan buena,
ya me dijo que así me llamaría.

DON FÉLIX

¿Dónde vive tu madre?

VERBENA

En las ruinas.

DON FÉLIX

¿Quién es?

VERBENA

¿Pues no me habéis reconocido?
¡Y yo que vine á vos, porque he creído
que me esperábais! Todas las espigas

que viniendo he pisado,
siento en mi corazón, que lo han llagado.

Tiene un movimiento como si quisiera huir.

DON FÉLIX

Reteniéndola; con dulzura.

Si sé como eres ¿quieres
que ponga empeño en conocer quién eres?...
¿me importará saber por qué caminas
descalza y, de tu vida, dónde empieza,
si eres tú la que, andando, me iluminas,
Verbena, toda la naturaleza?
Pero yo sé quién eres; te esperaba
mi alma; tú eres aquella
que, sintiéndose bella,
dormida y triste, con mi amor soñaba.

VERBENA

¡Sí, don Félix!

DON FÉLIX

Tu sueño te decía
que yo te libertaba
de tu miseria, un día...

VERBENA

¡Sí!

DON FÉLIX

Que te daba músicas, festines,
mascaradas al modo de Venecia;
todo el verano palpitaba Grecia
bajo el pórtico en luz de mis jardines;
al invierno, alegraban el estrado
versos del Aretino y farsas mías;
el otoño llegado,
era el batir la caza en monterías,
y parecían llamas los tropeles
de tus galgos lebreles...

VERBENA

¿Pero el amor?

DON FÉLIX

Espera:
¿pues á qué me dejé la primavera?

VERBENA

¿Sí?

DON FÉLIX

Como tú querías,
serás, Verbena, en estas tierras mías;
que, porque te conozco, te he guardado
todo lo que has soñado,
y sobre todo y nuevo cada día,
mi amor—ya ves que lo confieso, al cabo—
que aunque en mí es lo primero, dueña mía,
no lo nombré hasta el fin, porque es tu esclavo.

Coge las manos de VERBENA.

Dime, ¿te he conocido?

VERBENA

¡Oh, sí!

DON FÉLIX

Y aquel encono,
¿lo olvidarás, un día?

VERBENA

Ya lo olvido.

DON FÉLIX

¿Y me perdonarás?

VERBENA

Y ya os perdono.

Una sensación de miedo instantáneo
le hace mirar á su alrededor.

Señor... ¿cómo he podido
llegar aquí...? Ya os vi, me habéis hablado:
ahora, si es de verdad lo prometido,
devolvedme al rincón que he abandonado.
Si no es en sueños, creo
que aquí vine, no más, con el deseo;
pero en las ruinas estará con pena
mi madre, junto al cabezal vacío,
llorando acaso sobre el lecho mío,
sin alcanzar lo que es de su Verbena.

Junta las manos en ingénu a súplica

DON FÉLIX

Tendiéndole su mano.

Vamos...

VERBENA

Un poco turbada.

¿Adónde?

DON FÉLIX

Que tiene en las suyas las manos
de VERBENA.

¡Manos primorosas!
Dime, ¿es que ellas son flores, ó es que asume
su piel todo el perfume,
de avezadas que están á coger rosas?

VERBENA

Ingenua.

Tanto, que hoy he sufrido
toda la tarde de melancolía,
señor don Félix, porque no he podido
cogerlas del rosal donde solía.

DON FÉLIX

Queriendo llevarla hacia la lateral
derecha.

¡Ven!

VERBENA

Descando salir otra vez por el pórtico.

¡A la senda!

DON FÉLIX

Luego.

VERBENA

Apurada y en tono de reconvención.

¡Madre mía!
Pues tantas pobres aves que en prisiones
de hilada argentería
por fuerza retenéis, ¿son corazones?

Don FÉLIX sonríe y besa despacio
las manos de VERBENA. Entra con
una antorcha DRAGONEL; le sigue in-
mediatamente ALEPO.

DRAGONEL

Señor...

DRAGONEL sujeta al muro la antorcha, y obediente a un signo de ALEPO, desaparece.

DON FÉLIX

Creuyendo que habla con su paje.

¡Nadie mi estrado
pise esta noche, Dragonel; que ha dado
por fin con su alegría
mi corazón, al terminar el día!

Tomando la mano de VERBENA, que ya no resiste, se dispone a entrar por la lateral derecha; rígido, hierático, callado, marcada su silueta en rojo por la luz de la antorcha, ALEPO, levantando el tapiz, espera y sonríe:

¿Vos?

ALEPO

¿Qué os extraña?

VERBENA

Ocultando la cabeza en el hombro de Don FÉLIX.

¡A mí, favor!

DON FÉLIX

¿Qué es esto?

ALEPO

Señor don Félix, ya lo veis:

Les invita con la mano á pasar bajo el tapiz y concluye.

un gesto.

Digo "pasad, felices corazones;
queda á punto el estrado,
la mesa en orden, el tapiz doblado,
y al aire, en vez de antorchas, ilusiones."

DON FÉLIX

Mis pajes...

ALEPO

Ni uno os queda: presa fueron
de no sé qué sopor que les ha entrado
y rendidos cayeron
fiándome el servicio del estrado.

DON FÉLIX

Si es burla...

ALEPO

A mí me tiene complacido;
no os estorbo; aquí quedo; estáis servido.
Si va en auge el festín y no despierta
paje ó copero en la dormida tropa,
como al cuidado yo estaré á la puerta,
vos gritadme, señor: "¡vino en mi copa!"

VERBENA

Con grande instancia á Don Félix.

Ahora os sigo...

DON FÉLIX

¡Verbena!

VERBENA

Adonde sea
que me llevéis, os sigo;
¡sacadme, por favor, donde no vea
que me mira burlando vuestro amigo!

DON FÉLIX

¡Dejadnos paso!

ALEPO

Descorriendo completamente el tapiz.

¿Por qué no?

A VERBENA, mientras van andando hacia la lateral derecha.

DON FÉLIX

Mi espada,

Verbena, fué templada
para dejar un día, á cintarazos,
y á los pies de una hermosa codiciada,
una befa italiana hecha pedazos...

ALEPO

Sin responder directamente; dejándose paso y asomando apenas, tras el cortinón su rostro enigmático.

“¡Vino en mi copa! á os servirá mi diestra,
no lo olvidéis, y la doncella es vuestra.

Volviendo á dejar caer el tapiz, cuando han desaparecido.

Pasó cerca el amor... ¡odio, confórtame!

Se llega al pórtico, donde solo, respirando la calma de la noche, dice:

Clara la luna y ebrios
los astros y una música en el aire
donde parece diluirse el cielo...
¡Bella noche de amor, para quien aine,
Dios en la altura, ó en la tierra insecto!

Vuelve á entrar en escena.

¡Bella noche de amor!... ¿y qué?... Mi suerte
no es fatal? ¿No resbalo
de la cumbre más alta hacia la muerte?
¿Mi deseo mejor no es siempre malo?

Hace una pausa y da unos pasos más.

¡Monotonía atroz, monotonía
que el hombre desconoce!
Amar, llorar, dudar, noche, alba, día;
del placer al dolor, del llanto al goce,
así, vario, y variando cada cosa
por él, dándole un prisma á cada nombre,
cada mortal ¡diversidad gloriosa!
es dos, es ciento, es mil, en sólo un hombre.
¡Y yo uno, sólo uno;
sin cambiar; uno siempre; esto es, ninguno!

Se ha sentado.

¿Por qué pienso?... ¡Ah, ya entiendo!... ¡Es el vestido
de carne humana, en el que voy metido!

Como hablando con alguien.

La noche en que salí de mi retablo, para ser como soy y hablar como hablo y andar entre la gente, fué preciso que robara este cuerpo, en una fosa; no se halla siempre á mano y de improviso un cuerpo mozo y bien plantado, cosa necesaria, en quien hace profesión de tentar al que le place.

Mostrando, á veces, por la actitud y el gesto, que está en diálogo con su mismo cuerpo precisamente.

¡Cuerpo mio prestado, ayer difunto y que hoy me encierras, hasta cierto punto!
¿De quién debiste ser cuando vivías?
Si no de un profesor en Teologías, que aún lleva silogismos en los sesos, de un estudiante pecador serías según me estás sintiendo hambre de besos.

Transición.

Pero á mí no me importa... ¿Y por qué digo "no me importa?" ¿No siento el acicate del dolor de no amar, que va conmigo?
—¡Fué de estudiante el corazón!... Aún late.

En pie otra vez; luchando por resistirse á la sensación de amor que está en el aire.

Le aquietaremos.

Vuelve al pórtico; se apoya en el barandal y grita:

—¡Lanza tu venablo, pronto, Escorpina; porque está que arde por todo el pueblo el lance del retablo!
¡Pon á la gente en armas y haga alarde de resistirme, en esta lid que entablo, la canalla cobarde!

Sarcástico, volviendo á erguirse y abandonando otra vez el pórtico.

Pero, señor Inquisidor, ya es tarde; porque yo nunca he sido un pobre Diabolo.

Saca del cinto una daga de oro

Pronto... Acabemos; porque estoy metido dentro del propio fuego que he encendido.
¡Cuatro almas en peligro!... Ya la aguja del estambre del Mal queda enhebrada; ¡vámonos, yo á la nada, y á su hoguera, en la plaza, cada bruja!

Va á herirse, pero en seguida arrepinténdose, exclama:

¡No; sangre noi...

Vuelve á sentarse.

Me amaba y era bella;
del dolor de no amarla estoy rendido;

¡pues que toda esta carne en que he vivido,
se me deshaga en lágrimas por ella!

Apoya la frente, y con voz de sollozos, donde resuena todo el dolor y toda el ansia de amor que las anteriores palabras denotaban, murmura:

¡Cordalia... amor!...

Una breve pausa.

DON FÉLIX

Su voz, detrás de la puerta del fondo.

¡Vino en mi copa!

ALEPO

Rápido, poniéndose en pie.

¡Acudo!

Se lleva la mano á los ojos y luego al pecho.

Lloré una sola; pero tal ha sido,
que tocó piel, porque abrasó el vestido,

DON FÉLIX

¡Vino en mi copa!

ALEPO

Resuelto; corriendo á la puerta lateral.

¡Porfiad, que ayudo!

CORDALIA

Apareciendo súbitamente en el hueco del arco y cerrándole el paso.

¡No!

ALEPO

¡Pasaré!

CORDALIA

¡Jamás!

ALEPO

¿A qué has venido?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEDA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
C. S. J. DE JESU
NOV 16 2 1962 MONTENEGRO, MEXICO

CORDALIA

¡Verbena!

ALEPO

¡De ella y sus amores cuida!

CORDALIA

¿Su cuchillo eres tú? Pues yo su escudo.

ALEPO

Reteniéndose y con sarcasmo.

Madre Cordalia, desde ayer es tanto
lo que anduvo la bella,
que ya no basta con tu pobre manto
para amparar sus hombros de doncella.

CORDALIA

¡Jamás!... ¡Antes la nieve
dejará de estar blanca; mota leve
de humo, al aire, serán montes de roca;
dará sombras el sol, verdad tu boca,
que de su pecho, en mi piedad seguro,
brote palabra ó pensamiento impuro!

CORDALIA

¡Verbena!

ALEPO

Fatalmente

mi obra es el mal; déjame hacer, consiente;
devuélveme el anillo de tu mano,
y al fundirlo en la copa de Agrellano,
libre de mí has de hallarte nuevamente.
¡Tu hija, por ti!... ¡Pero tú vuela, escapa,
las turbas atraviesa y cuando exulten
de odio y venganza, á su furor te oculten
los vuelos de tormenta de mi capa!
Mira que apremia el tiempo; que camina
la gente en armas á buscar tu rastro,
y que arde ya, en la noche como un astro,
la medusa de llamas de Escorpina.

CORDALIA

¡Pues bien, ahora, más que nunca, cuida
que mi sitio está aquí!

ALEPO

Piensa, Cordalia,
que toda es para ti la represalia;

¿quieres triunfo mayor? soy yo quien pido.
Y diera, al ver los lirios de tu mano
y el oro y el marfil de tus mejillas,
¡mi orgullo eterno para ser humano
y poder adorarte de rodillas!

CORDALIA

Juntas las manos, los ojos en alto,
como rezando.

“¡Perdóname, Señor; cuando tú mismo
„en esta lucha horrible me empeñaste
„será que, ya al nacer, me destinaste
„para llevar tu nombre hasta el abismo!”

ALEPO

¡De ágata la mirada violenta,
de azabache los rizos en su espalda
y su pecho desnudo, una esmeralda
color de lago en noche de tormenta!

CORDALIA

¡Calla, boca de horror!

ALEPO

¡Cede, Cordalia!
¡Si tú quisieras!

CORDALIA

¡Aparta de mi lado!

ALEPO

Señalando el sitio de la lágrima, que
marcó antes.

Mira qué mancha aquí: ya te he llorado:
¡mi llanto apagaría esas hogueras!

Con un grito supremo, cerrándole el
paso.

Sino...

CORDALIA

Comprendiendo que la amenaza en
su hija.

Veamos si entendí el mercado:
porque triunfe en la lucha que la espera,
porque tu aliento en su candor no influya,
su madre te ha de amar y á tu manera,
dijiste ayer.

ALEPO

Tal dije ayer

CORDALIA

Con horror de las palabras que pronuncia; la voz sorda.

Soy tuya.

ALEPO

Estupor y pasión.

¡Mfal

CORDALIA

Sí. ¿Qué te extraña
si soy su madre y la engendré con pena?
¿Pues no va siempre al aire la azucena
y la contempla Dios y el sol la baña,
mientras la madre, la raíz, se empaña
de fango y limo, siente por sus hebras
meterse el lodo, rastrear culebras,
todas las impurezas de la entraña?
Dios, más grande que tú, sabe en qué dura
vacilación tu mano me atropella;
¡que mi hija triunfe y triunfaré con ella!

¡Si he engendrado pureza, ya soy pura!
¡Hija!..

Se dirige hacia la puerta del fondo.

Ya no: no me conocería...

Desencantada, se detiene; ve á ALEPO que sonríe, frío, observándola.

¡Ah, si pudiera, me arrepentiría!
¡no veré más á mi Verbena!..

ALEPO

La voz sorda y conminante.

¡El pacto!

CORDALIA

Arraque.

¡Pues bien, acaba y al fatal contacto,
mi alma deje de ser, sin agonía!
Pero aquella piedad que te he tenido,
arista seca, estalla en este fuego;
ya no te quiero más, ya no te ruego;
te odia en mi corazón cada latido;
quise tu bien, te tuve amor, he sido
venda en tu herida, bálsamo en tus llagas
¿y así me pagas? Pues si así me pagas,
¡maldita la piedad que te he tenido!

ALEPO

Con un impulso de dolor que no puede dominar.

¡No, que era dulce tu piedad!...

Tumulto de algarada, muy cerca: en el jardín.

CORDALIA

Radiante.

¿Quién grita?

VOCES

A dos pasos del pórtico.

¡Al fuego, la Cordalia y la Gaífera!

CORDALIA

Corriendo al barandal; abriendo los brazos y mostrándose a la turba, que en este instante, ruga a sus pies.

¡Mi salvación!... ¡Cordalia la hechicera yo soy!... ¡Leña de hogueras, sé bendita!

Sordo rumor de la turba, que se lanza por la escalinata.

ALEPO

Aparte y fuera de sí

¡De grado os tomo, siglos de tormento!
por esta noche en furia de Agrellano!
¿Es esto amor? Pues bien: ya que te siento,
¡embriágame una vez, amor humano!

Las turbas aparecen en el pórtico; unos cuantos hombres desnudan la espada y van a entrar.

VOCES

¡Cordalia!

CORDALIA

En mitad de la escena, de rodillas y abiertos los brazos.

¡Aquí, yo soy!

ALEPO

Fuera de sí, colocándose entre las turbas y CORDALIA, para ampararla:

¿Quién osaría,
teniendo fuero en casa el de Agrellano,
trasponer ese umbral?

CETINA

¿Nos desafía?

UNA VOZ

¿La ampara?

VOCES

¡Al fuego!

CETINA

¡A muerte, el italiano!
¡La acusó el tribunal de hechicería!

VOCES

¡Al fuego, al fuego!

ALEPO

Asiendo de CORDALIA que está casi
desvanecida y dispuesto á salir con
ella.

¿El Tribunal, acaso,
se pone en frente de esta espada?... ¡Paso,
y nadie toque á esta mujer!... ¡Es mía!

Ruedan contra la espada de ALEPO
seis ó siete espadas á la vez: cae el
telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO